



DIOS ACTÚA EN LA HISTORIA (III)

Guía para una lectura comunitaria
de la historia de la salvación

LA IGLESIA



ÍNDICE

Presentación.....	5
Nos disponemos a ver cómo Dios actúa en la historia.....	15
1 Elegidos para ser su pueblo	17
• <i>Guía de lectura:</i> 1 Pe 2,4-10	18
• <i>Para profundizar:</i> Las imágenes bíblicas de la Iglesia ...	23
2 El pueblo de la nueva alianza	27
• <i>Guía de lectura:</i> Gál 4,21-31	29
• <i>Para profundizar:</i> Jesucristo es el mediador de la nueva alianza	33
3 Convocados como pueblo universal	37
• <i>Guía de lectura:</i> Hch 2,1-13	39
• <i>Para profundizar:</i> Pentecostés y la catolicidad de la Iglesia	43
4 Somos el cuerpo de Cristo	47
• <i>Guía de lectura:</i> 1 Cor 12,12-27	48
• <i>Para profundizar:</i> La Iglesia, cuerpo de Cristo	53
5 Identificados con Cristo muerto y resucitado	57
• <i>Guía de lectura:</i> Gál 2,15-21	59
• <i>Para profundizar:</i> La vida del cristiano, una vida “en Cristo”	63
6 Nacidos a la nueva creación por el bautismo	67
• <i>Guía de lectura:</i> Gál 3,23-4,7	68
• <i>Para profundizar:</i> Bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo	73
7 La fracción del pan	77
• <i>Guía de lectura:</i> 1 Cor 11,17-34	79
• <i>Para profundizar:</i> La eucaristía, desde la perspectiva bíblica	83
8 Un pueblo reconciliado	87
• <i>Guía de lectura:</i> 2 Cor 5,11-21	89
• <i>Para profundizar:</i> La reconciliación con Dios, fundamento de la concordia humana.....	93

9	Un pueblo animado por el Espíritu Santo	97
	• <i>Guía de lectura:</i> Hch 2,1-36	99
	• <i>Para profundizar:</i> El Espíritu guía, anima y empuja la nave de la Iglesia	103
10	Un pueblo sacerdotal “para alabanza de su gloria”	107
	• <i>Guía de lectura:</i> Ef 1,3-14	109
	• <i>Para profundizar:</i> La Iglesia, comunidad de la alabanza.....	112
11	Un pueblo que actualiza los signos salvíficos de Jesús ...	117
	• <i>Guía de lectura:</i> Hch 3,1-26	118
	• <i>Para profundizar:</i> La Iglesia, realizadora de las señales salvíficas de Jesús.....	122
12	Un pueblo creador de solidaridad	127
	• <i>Guía de lectura:</i> Hch 4,32-37.....	128
	• <i>Para profundizar:</i> Un pueblo siervo y servidor de los necesitados	133
13	La Iglesia, comunidad de testigos	137
	• <i>Guía de lectura:</i> Jn 15,18–16,4.....	139
	• <i>Para profundizar:</i> El testimonio cristiano	143
14	Hombres nuevos en Cristo	147
	• <i>Guía de lectura:</i> Ef 4,17–5,5	149
	• <i>Para profundizar:</i> Estar en el mundo sin ser del mundo.....	153
15	La Iglesia espera la venida del Señor.....	157
	• <i>Guía de lectura:</i> Ap 22,1-5	159
	• <i>Para profundizar:</i> “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: la Nueva Jerusalén”	163

PRESENTACIÓN

El presente volumen es el tercero de la serie “Dios actúa en la historia”, con la que pretendemos facilitar una comprensión más plena de los misterios de la fe cristiana tal como se presentan en nuestro Credo. Estos misterios son los que celebramos en la liturgia –especialmente en la eucaristía–, alimentan nuestra oración y sostienen nuestra vida cristiana. Al mismo tiempo, mediante estos materiales intentamos obtener una visión global, sistemática y unitaria de toda la Biblia.

Este camino lo estamos recorriendo desde la perspectiva de la historia de la salvación, y comprende tres etapas: la obra de Dios Padre Todopoderoso llevada a cabo en el seno del pueblo de Israel; la actuación redentora de Jesucristo en su encarnación, vida, muerte y resurrección; y la memoria, prolongación y actualización de la acción salvadora de Dios en Jesucristo a través del Espíritu en el seno y por medio de la Iglesia. De esta manera, el programa se estructura en tres años. El primero corresponde a la revelación salvadora de Dios en la historia del pueblo en el Antiguo Testamento. El segundo nos acerca a la obra redentora de Jesús, centro y cumplimiento del proyecto salvador de Dios en orden a toda la humanidad. El tercero contempla la presencia de la salvación de Dios en la acción y en la historia del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, por medio del Espíritu Santo.

Esta concepción de la historia de la salvación en tres tiempos, Israel-Cristo-la Iglesia, se fundamenta en la perspectiva que nos ofrece san Lucas en las dos partes de su obra, el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. Pero corresponde también adecuadamente a la organización de la colección de toda la Biblia: Antiguo Testamento, Evangelios, Hechos y Cartas apostólicas.

Estamos seguros de que este programa seguirá estimulando el interés de todos los animadores y de los miembros de los grupos de lectura creyente de la Biblia, los fortalecerá en su fe y les ayudará a dar mayor y mejor razón de su esperanza (1 Pe 3,15).

Es nuestra intención que todos encuentren en estos materiales un estímulo para el anuncio de la buena nueva del amor de Dios, el Señor, que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4).

1. La salvación de Dios por el Espíritu en la Iglesia

En este tercer año queremos seguir ahondando en la historia de la salvación que Dios inició con el pueblo de Israel, que encuentra en Jesús de Nazaret su momento culminante y que continúa de la mano del Espíritu Santo y por la Iglesia hasta su consumación al final de los tiempos. Para ello leeremos una selección de textos que nos acercan al nuevo pueblo de Dios, que es, con la fuerza del Espíritu, continuador de la misión del propio Jesucristo.

Al hablar del misterio de la Iglesia, normalmente nos servimos de distintas figuras o representaciones inspiradas en la Sagrada Escritura. Algunas imágenes del Antiguo Testamento nos ayudan a considerar a la Iglesia como la Jerusalén celestial, como una esposa o una madre, como una viña o un rebaño. Otras, tomadas del Nuevo Testamento, nos llevan a contemplarla como una casa edificada sobre roca o un edificio construido con piedras vivas. La Iglesia es –recalca san Pablo– el cuerpo de Cristo.

Pero, entre todas estas imágenes, queremos resaltar la que se refiere a la Iglesia como pueblo: el nuevo pueblo de Dios o el pueblo de la Nueva Alianza.

El exilio en Babilonia fue comprendido por los profetas como una respuesta de Dios a la infidelidad de su pueblo: Israel ha roto la alianza, pero –algún profeta se atreve a anunciar– Dios promoverá una alianza nueva. El Nuevo Testamento reconoce que esta nueva alianza se cumple en Cristo y, por lo tanto, la Iglesia de Cristo aparece como el pueblo de la Nueva Alianza. El Concilio Vaticano II adoptará la imagen de la Iglesia como nuevo pueblo de Dios, un pueblo universal que se congrega por la fe en Jesucristo y bajo la acción del mismo Espíritu, un pueblo testigo de la salvación de Dios para todos: es el nuevo pueblo de una Nueva Alianza sellada con la sangre del Hijo de Dios.

Para las sesiones de lectura creyente hemos elegido algunos pasajes del Nuevo Testamento que van desgranando distintos aspectos del misterio de la Iglesia. Los escritos de Pablo –los

textos más antiguos del Nuevo Testamento– nos permitirán acercarnos a la primera reflexión cristiana sobre Jesús de Nazaret y sobre el significado de sus palabras y sus gestos, a la vez que nos facilitarán infinidad de pistas para reconocer la idiosincrasia de las primeras comunidades de discípulos. Los pasajes escogidos del libro de los Hechos de los Apóstoles, del evangelio de Juan o del Apocalipsis también nos ayudarán a comprender los temores y las esperanzas de aquella Iglesia naciente.

Ofrecemos en cada caso diversos textos del Nuevo Testamento que sirven de marco de referencia para la mejor comprensión del pasaje previsto para esa lectura creyente. Esta *lectio divina* iluminará nuestra fe y constituirá, sin duda, una nueva interpelación para nuestra vida como discípulos de Jesucristo.

Comienza el itinerario de estos materiales con la constitución del nuevo Pueblo de Dios, que es elegido en torno a una Nueva Alianza y que tiene vocación universal. Este pueblo es el cuerpo de Cristo, cuyos miembros se van identificando con su Señor –muerto y resucitado– desde el bautismo, la fracción del pan y la reconciliación. El Espíritu Santo anima a la Iglesia para que viva en alabanza y en continuidad con la misión que Cristo le encomendó hasta la consumación de las promesas de Dios al final de la historia.

2. Un proyecto de evangelización

Esta guía de lectura, como las precedentes, se inscribe en un proyecto evangelizador. El camino que proponemos se apoya en tres pilares, en tres claves de lectura, que es importante tener en cuenta antes de comenzar a caminar.

En primer lugar, sugerimos hacer este camino no en solitario, sino con otros creyentes, en comunidad. Esta primera clave exige una actitud de apertura y sencillez, de aceptación de los demás y de entrega generosa de uno mismo.

En segundo lugar, deseamos que la lectura se haga con actitud de fe y en clima de oración. Queremos hacer una lectura creyente. Esta segunda clave requiere de los participantes una actitud de apertura a Dios, de fe en su capacidad de hablarnos hoy a través de su Palabra y de los acontecimientos de la vida.

Y en tercer lugar, al hacer esta lectura debemos estar abiertos a la conversión. Si la experiencia que los autores sagrados

dejaron reflejada en la Escritura no va cambiando nuestras vidas, si no nos dejamos interpelar y transformar por ella, entonces nuestro acercamiento a la Palabra de Dios habrá sido inútil.

Así pues, lo que proponemos es acercarnos comunitariamente al misterio de la salvación que Dios realiza en la historia del pueblo de Israel, mediante la lectura de algunos textos en clave de oración y orientada a la conversión.

3. Desarrollo de cada encuentro

Cada reunión irá precedida de una preparación personal y seguida de una reflexión para interiorizar lo descubierto en cada encuentro.

Antes de cada encuentro

Cada participante leerá los textos que se indican al final de la ficha de la sesión anterior con ayuda de unas preguntas sencillas que aparecen en el apartado “Para preparar el próximo encuentro”. Es muy importante que todos los miembros del grupo hagan esta lectura reposadamente y que lleven luego sus aportaciones al grupo. Si hay personas que tienen dificultades para hacerlo solas, se pueden organizar en pequeños grupos de dos o tres para hacer esta lectura. Esta forma de preparar la reunión suele ser muy enriquecedora.

En el encuentro con el resto del grupo

La reunión tendrá dos momentos: primero pondremos en común lo que hemos descubierto en la lectura personal y después nos centraremos en la lectura de un pasaje concreto. La guía de cada sesión ofrece sugerencias para estos dos momentos del encuentro.

La puesta en común ha de ser necesariamente breve. Su objetivo es ambientar la lectura del pasaje concreto, que será lo más importante.

La lectura del pasaje elegido seguirá siempre el mismo itinerario, que responde a las claves de lectura descritas más arriba. Este itinerario se inspira en la *lectio divina*, que es la forma más antigua de lectura creyente de la Biblia en la Iglesia. Tiene cuatro pasos que van precedidos de una sencilla ambientación:

– *Miramos nuestra vida.* Partimos siempre de una experiencia de vida para que todos los componentes del grupo puedan participar. Cuando se empieza a hablar de teorías, muchos quedan excluidos de la conversación. Cuando se habla de experiencias de vida, todos tienen algo que aportar. Puede que al principio haya gente a la que le cueste hablar. Una forma de hacer participar a todos es que el animador plantee a un miembro del grupo la pregunta que viene en este apartado y que luego él, después de responderla, le haga esta misma pregunta a otro, y así sucesivamente hasta que todos hayan contestado.

– *Escuchamos la Palabra de Dios.* Debe hacerse con esmero y dedicación. En cada ficha ofrecemos unas preguntas, la indicación de que se consulten las notas y de que cada uno vuelva a leer personalmente el pasaje elegido. El objetivo fundamental de este segundo paso es descubrir la experiencia de fe que se encuentra reflejada en cada pasaje. En este momento el animador podrá iluminar al grupo sirviéndose de la explicación del pasaje que le ofrecemos en los materiales complementarios. Sin embargo, ha de tener mucho cuidado para no anular las aportaciones del grupo. Solo debe hablar al final, para subrayar, valorar y completar lo que el grupo ha descubierto.

– *Volvemos sobre nuestra vida.* En este tercer momento se trata de poner en diálogo la experiencia de la que hemos hablado al principio con lo que hemos descubierto en la Palabra de Dios. Ha de ser un diálogo sincero y desde la fe. Para que todos participen, puede seguirse la técnica descrita en el apartado “Miramos nuestra vida” u otra. El animador, si está atento, irá captando qué es lo que facilita más la participación.

– *Oramos.* Todos los encuentros terminarán con una breve oración relacionada con lo que hemos descubierto en el pasaje para nuestra vida. Las indicaciones de la ficha de trabajo son orientativas. El animador, que conoce al grupo, deberá completarlas.

La reunión puede durar entre una hora y cuarto y una hora y media, dependiendo del número de personas que integren el grupo. A la primera parte (puesta en común) se le puede dedicar entre veinte minutos y media hora; a la segunda (lectura del pasaje elegido), aproximadamente una hora.

Después del encuentro

Es conveniente que el encuentro conduzca a la reflexión personal, en la que cada uno interiorice lo que ha descubierto en la reunión. También debe concretarse en el compromiso que cada miembro del grupo va adquiriendo.

4. Cómo utilizar estos materiales

Los materiales que ofrecemos son de dos tipos. Unos están pensados para utilizarlos directamente en el grupo, y otros para ayudar al animador en su tarea. Los segundos van en letra más pequeña y se identifican con un icono (☞).

Material para los participantes

- Introducción a la puesta en común.
- Guía de lectura.
- Para profundizar.
- Para preparar el próximo encuentro.

En el apartado “Para profundizar” ofrecemos una serie de explicaciones que pueden ayudar a profundizar en el tema central de la sesión. Puede utilizarse de dos formas distintas:

- a) invitando a los participantes a que lo lean y reflexionen sobre él después de la reunión;
- b) leyéndolo juntos al final de la reunión como conclusión de la misma.

La segunda fórmula es probablemente la mejor, porque así nos aseguramos de que todos lo leen.

En el recuadro “Para preparar el próximo encuentro” se indica qué textos hay que leer para el siguiente encuentro y cuáles son las preguntas que hay que tener presentes al leerlos.

Material para el animador

- ¿Qué buscamos en este encuentro?
- Orientaciones para la puesta en común.
- Explicación del texto que se lee en grupo.

En la sección “¿Qué buscamos en este encuentro?” pretendemos aclarar cuál es el objetivo de la sesión. El animador debe tenerlo muy claro antes de comenzar, pues así podrá orientarla mejor. Esto no quiere decir que deba seguirla con rigidez, pues a veces surgen cuestiones que es necesario abor-

dar y habrá que dejar un poco de lado la marcha normal de la sesión. Tener claro el objetivo ayuda a no perderse y a saber hacia dónde caminamos.

Las orientaciones para la puesta en común van en letra más pequeña, después de la introducción a la misma, destinada a los participantes. En ellas se ofrecen algunos datos para centrar esta primera parte de la sesión, que podría alargarse demasiado si el animador no la reconduce a las preguntas que se hicieron para leer los textos correspondientes.

Finalmente, la explicación del texto que se lee en cada sesión pretende ofrecer al animador una serie de datos para complementar las aportaciones de los miembros del grupo. En algunos casos, incluso, el animador podría leer al grupo algunos párrafos que iluminen la cuestión que se debate o que hay que aclarar.

5. Bibliografía básica

Antes de enumerar la bibliografía, vale la pena recordar un criterio a veces olvidado. Nuestras Biblias contienen introducciones a cada libro, notas a pie de página, esquemas cronológicos de la vida de Jesús y de los primeros pasos de la Iglesia, y mapas donde situar los diversos acontecimientos. Leamos las introducciones a los libros de la Sagrada Escritura y fijémonos en las notas. Utilicemos esos recursos que enriquecerán sin duda nuestra comprensión de los textos de la Sagrada Escritura.

La orientación dada al programa de *lectio divina* para estos tres años centrada en la perspectiva de la salvación de Dios en la historia no cuenta con una bibliografía actual muy abundante. Ofrecemos algunos títulos específicos y otros más genéricos, pero que pueden ayudar para una mejor comprensión de los temas incluidos en este segundo año.

– SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios* (BAC, Madrid 2009).

Es la obra clásica donde el gran Padre de la Iglesia intenta ofrecer una reflexión profunda sobre el sentido general de la historia y sobre la presencia y actuación de Dios en ella.

– L. RUBIO MORÁN, *El misterio de Cristo en la historia de la salvación* (Sígueme, Salamanca 2007).

De manera sencilla, se recogen los acontecimientos fundamentales de la historia bíblica de la salvación, tanto los del AT

como los de la vida de Jesús y de la etapa de la Iglesia. En ella se incluye una triple perspectiva: a) la del Credo que se recita en la liturgia; b) la de toda la Biblia en su conjunto en cada uno de los temas; c) la del misterio de Cristo y su presencia en toda la historia, bien como anuncio (AT), bien como realización de la salvación (Jesús), bien como su aplicación en la vida y acción de la Iglesia.

- S. GUIJARRO – M. SALVADOR, *Comentario al Nuevo Testamento* (PPC-Sígueme-Verbo Divino, Madrid-Salamanca-Estella 1995).

Es el comentario de La Casa de la Biblia a los libros del Nuevo Testamento. Proporciona las principales claves para comprender adecuadamente el texto bíblico y así poder profundizar en el misterio de Jesús presentado en los evangelios y en los demás escritos del NT.

- E. CHARPENTIER, *Para leer el Nuevo Testamento* (Verbo Divino, Estella 1990).

Este autor presenta un viaje a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Partiendo de la situación del Imperio romano y de la Palestina del siglo I y, sobre todo, desde el acontecimiento paschal, propone un viaje a través de todas las etapas de la formación del Nuevo Testamento hasta llegar a nosotros como testigos actuales de Jesús muerto y resucitado.

- G. LOHFINK, *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana* (Desclée de Brouwer, Bilbao 1998).

El autor muestra cómo, según los textos bíblicos, una Iglesia que se acomoda a la sociedad no puede llamarse Iglesia de Jesús. Subraya algunos rasgos fundamentales de la Iglesia querida por el Señor: una comunidad al servicio del mundo, una sociedad de contraste que no se confunde con el mundo o una comunidad sin estructuras de dominación.

- F. RIVAS, *La vida cotidiana de los primeros cristianos* (Verbo Divino, Estella 2011).

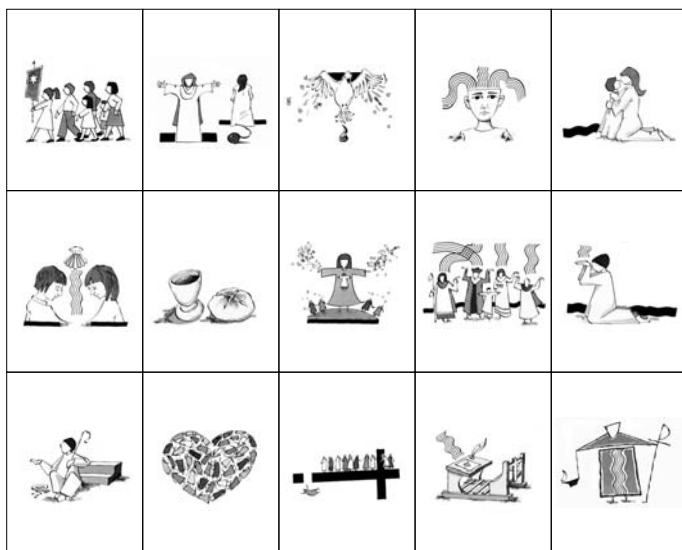
El libro nos ayuda a contemplar aspectos diversos de la vida de los primeros cristianos: la Iglesia como casa-familia, acogedora de los necesitados, en la que se comparten los bienes, etc. Los dos últimos apartados de la obra tratan de modo sugerente algunas de las cuestiones sobre la vida de la Iglesia especialmente debatidas en el momento actual.

– H. de LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Encuentro, Madrid 1989).

Se trata de una obra clásica (su primera edición es de 1961) que revolucionó los estudios de eclesiología e influyó notablemente en la elaboración de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II. Más que un tratado es una “meditación” sugerente que quiere ayudar a que el cristiano ame a la Iglesia y sea miembro activo del pueblo de Dios.

El equipo de La Casa de la Biblia

NOS DISPONEMOS A VER CÓMO DIOS ACTÚA EN LA HISTORIA



DESARROLLO DEL ENCUENTRO

En este primer encuentro intentaremos ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a hacer en el grupo y sobre cómo lo vamos a hacer. Es importante que manifestemos al resto de los miembros del grupo y al animador lo que esperamos de estos encuentros, pues nos disponemos a emprender un camino juntos y será más fácil llegar a la meta si desde el comienzo hemos marcado claramente nuestros objetivos.

Seguiremos los siguientes pasos:

- Saludo de bienvenida –por parte del animador– y presentación de los participantes.
- Decidimos juntos lo que vamos a hacer. Para ello es necesario, por una parte, que cada uno diga lo que espera encontrar en este grupo y, por otra, que todos intentemos comprender el objetivo que el animador nos propone de parte de la diócesis, la parroquia o el grupo que convoca.

- Nos ponemos de acuerdo en cómo lo vamos a hacer, escuchando atentamente la explicación del animador.
- Acordamos el lugar, la hora y la frecuencia de nuestros encuentros.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar la próxima reunión, vamos a tener en cuenta algunos pasajes de las cartas paulinas donde aparecen las palabras “elegir”, “elegido” y “elección”. Son los siguientes: Rom 8,33; 1 Cor 1,26-28; Ef 1,3-14; Col 3,12; 1 Tes 1,4-5. Después de leerlos atentamente, trataremos de responder a estas preguntas:

*¿Quién “elige”? ¿Quiénes son los “elegidos”?
¿Qué implica o exige dicha “elección”?*

1 ELEGIDOS PARA SER SU PUEBLO



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Hoy contemplaremos el misterio de la Iglesia como pueblo “elegido” por Dios. Pretendemos alcanzar estos objetivos:

- Entender en qué sentido los creyentes en Cristo forman parte del pueblo “elegido” por Dios.
- Comparar los criterios con los que Dios elige y aquellos con los que lo hacemos nosotros y la sociedad en que vivimos.
- Presentar algunas imágenes y figuras que la Biblia utiliza para hablar de la Iglesia.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre los textos de referencia

Toda la historia de la salvación aparece estrechamente vinculada a la idea de elección. El Antiguo Testamento muestra cómo Yahvé “elige” a Israel como “su pueblo” entre todas las naciones de la tierra. Paralelamente, los autores del Nuevo Testamento afirman lo mismo de la comunidad cristiana, tal y como se refleja en

los pasajes paulinos que hemos leído para preparar este encuentro: Rom 8,33; 1 Cor 1,26-28; Ef 1,3-14; Col 3,12; 1 Tes 1,4-5. Con ello pretendíamos responder a estas preguntas:

– ¿Quién “elige”? ¿Quiénes son los “elegidos”? ¿Qué implica o exige dicha “elección”?

☞ Cuando los miembros del grupo comuniquen lo que han descubierto en su lectura, el animador puede completar sus aportaciones teniendo en cuenta lo siguiente:

– ¿Quién “elige”? La llamada y la elección siempre vienen de Dios (Rom 8,33; 1 Cor 1,27; Ef 1,4; Col 3,12). Él actúa libre y gratuitamente “llevado de su amor” (Ef 1,4, Col 3,12; 1 Tes 1,4), según su “designio” (Ef 1,11) y conforme a su “voluntad” (Ef 1,4.11). A veces se apunta la dimensión trinitaria de esta elección, realizada “en Cristo” (Ef 1,4.11) o mediante la acción del Espíritu Santo (1 Tes 1,5). Por otro lado, nada de eso se opone a la intervención de mediaciones humanas como la predicación apostólica de Pablo (1 Tes 1,5).

– ¿Quiénes son los “elegidos”? Para Pablo, los “elegidos” son los creyentes en Cristo. El título se aplica normalmente en plural y en referencia a toda una comunidad cristiana (1 Tes 1,4). Llama la atención, además, que la elección divina no responde ni a los méritos de los elegidos ni a los “criterios del mundo”, anulando así la autosuficiencia de quienes se creen privilegiados a causa de su posición social, económica o cultural (1 Cor 1,26-28). De este modo queda patente que “Dios es el que salva” (Rom 8,33).

– ¿Qué implica o exige dicha “elección”? La elección no es un privilegio ni da derecho a enorgullecerse, sino que está en función de la misión. Con ella, Dios reúne un pueblo de hijos destinados a ser un “himno de alabanza a su gloria” (Ef 1,4-5.12.14; Col 3,12). Todo ello implica un estilo de vida santo y conforme a la llamada recibida (Ef 1,4; Col 3,12).

He aquí un primer acercamiento al modo en que el Nuevo Testamento se refiere a la “elección” de los cristianos o, lo que es lo mismo, a la “vocación” de la Iglesia para formar el nuevo pueblo de Dios. Seguiremos profundizando en ello mediante un pasaje tomado de la primera Carta de Pedro.

GUÍA DE LECTURA

“Sois linaje escogido”

Antes de comenzar, buscamos **1 Pe 2,4-10**.

► **Ambientación**

Humanamente hablando, todo proceso de elección conlleva la necesidad de marginar o dejar de lado a algo o a alguien. Escogemos una opción y descartamos otras. La Biblia, en cambio, nos muestra que cuando Dios elige no lo hace para rechazar a nadie, sino para que todos formen parte de su pueblo y se realice su proyecto universal de salvación.

► **Miramos nuestra vida**

Vivimos en una sociedad muy competitiva, que solo escoge a “los mejores” y margina cada vez a más personas. Por eso, a la hora de “elegir” –sea un puesto de trabajo, un cargo en una empresa o en un partido político, etc.– podemos entrar en una carrera donde todo vale con tal de resultar seleccionados. Además, cuando alguien se sabe “elegido” puede caer en posturas de menosprecio, superioridad o exclusión de aquellos que han quedado descartados en el proceso. Y eso puede darse también en el caso de naciones que se sienten “elegidas” entre las demás. Pensamos en todo ello y respondemos a estas preguntas:

- *¿Qué buscamos cuando tenemos que “elegir”? ¿Aplicamos los mismos criterios entre la familia y los amigos que en el campo del trabajo o los negocios? ¿Por qué?*
- *¿Nos hemos enfrentado a procesos de elección difíciles? Cuenta alguna experiencia.*

► **Escuchamos la Palabra de Dios**

También la Biblia nos presenta a Dios “eligiendo”. Lo hace con Israel, a quien escoge entre las demás naciones de la tierra. Y lo hace también con la Iglesia, a la que convoca como su nuevo pueblo. La lectura de un pasaje de la primera Carta de Pedro nos ayudará a entender con qué criterio e intención se produce dicha elección.

- Antes de escuchar la Palabra, nos preparamos para acogerla. En silencio, invocamos la presencia del Espíritu.
- Un miembro del grupo lee en voz alta 1 Pe 2,4-10.
- Reflexionamos en silencio: leemos el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para entenderlo mejor.

- Respondemos juntos a estas preguntas:
 - *¿En qué versículos se usa el verbo “elegir” (o “escoger”)? ¿A quién o quiénes se refiere?*
 - *¿Qué imagen se aplica tanto a Cristo como a los cristianos? ¿De qué manera sirve esta imagen para relacionar sus respectivas “elecciones”?*
 - *¿Qué otras imágenes utiliza este pasaje para referirse a los cristianos? ¿A quiénes se aplican en el AT? Consultad Éx 19,5-6 e Is 43,20-21.*
 - *¿Cuál es la finalidad de la “elección” de los cristianos según este pasaje? ¿Hay alguien que resulte marginado en ella?*

► **Volvemos sobre nuestra vida**

Cuando Dios elige, no pretende marginar a nadie. Al contrario, su proyecto salvador es que no haya excluidos y que todos puedan formar parte de su pueblo. Por eso los cristianos no podemos sentirnos “preferidos” frente a quienes no tienen fe o practican otra religión, como a veces sucede. Nuestra elección no supone un privilegio exclusivo. Dios no nos ha escogido para formar con nosotros un “club privado”, sino para encargarnos la misión de construir una familia universal y abierta en la que todos nos sintamos hijos y hermanos. Respondemos a estas preguntas:

- *¿Qué significa para ti ser parte de un “pueblo elegido”? ¿Cómo deberíamos entender los cristianos esa elección para que no sea fuente de marginación o de exclusión?*
- *¿Cómo podríamos hacer para que “los que no son pueblo” se sientan de verdad miembros del “pueblo de Dios”?*

► **Oramos**

Concluimos el encuentro con un momento de oración. Para ambientarlo, podemos colocar en medio de la sala fotografías de hombres y mujeres de razas, edades y condiciones diversas con la frase: “Ahora sois pueblo de Dios”.

- Tras prepararnos con un breve silencio, leemos de nuevo 1 Pe 2,4-10.
- Rezamos personalmente a partir del pasaje que hemos escuchado.

- Oramos comunitariamente inspirándonos en la palabra proclamada.

- Acabamos entonando un canto vocacional adecuado o bien leyendo Ef 1,3-14, donde también se habla de la elección de los cristianos.

👉 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

La primera Carta de Pedro, que fue escrita hacia los años ochenta d.C., está dirigida a una serie de comunidades dispersas por Asia Menor (1 Pe 1,1) y contiene una síntesis muy madura sobre la fe y la vida cristianas. En ella convergen diversas tradiciones teológicas, catequéticas y litúrgicas reflejadas en otros escritos del NT, pero a la vez aporta elementos originales en su modo de enfocar el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Tal es el caso del pasaje que hemos leído, muy denso teológicamente, donde se toca, entre otros, el tema de la “elección”. Una cuestión que recorre toda la historia de la salvación y que también ocupa la primera Carta de Pedro. De hecho, tanto en el saludo inicial como en la conclusión de la misma se afirma que los creyentes en Cristo y cada iglesia particular son “elegidos” de Dios (1 Pe 1,1; 5,13). Algo que contrasta fuertemente con lo que se dice en el Antiguo Testamento, donde Israel se considera como único “elegido” por Yahvé entre los demás pueblos, siendo este uno de los rasgos distintivos de su identidad religiosa.

Ante esta aparente diferencia, debemos ahondar en el misterio de la elección divina. Lo haremos a partir del pasaje que hemos leído, pero teniendo en cuenta la perspectiva con la que el resto del NT enfoca esta cuestión. Trataremos de resumir su mensaje en una serie de afirmaciones:

1. La elección depende de la iniciativa de Dios, que es fiel a sus promesas y desea llevar adelante su plan de salvación. La primera Carta de Pedro destaca incluso su dimensión trinitaria al afirmar que la elección se ha realizado “según el proyecto de *Dios Padre*”, consiste en haber sido “consagrados por el *Espíritu*” y tiene como fin la obediencia a *Jesucristo* y la purificación por medio de su sangre (1 Pe 1,2).

2. Jesucristo es el “elegido” por excelencia y el modelo para quien se sabe objeto de la elección divina. Así lo expresa nuestro pasaje mediante la imagen de la “piedra viva *rechazada* por los hombres, pero *escogida* y preciosa para Dios” (1 Pe 2,4). Esta imagen, apoyada por dos citas bíblicas (Is 28,16 y Sal 118,22), se

refiere en primer lugar al misterio pascual de Cristo, “desechado” en su muerte, pero “seleccionado” como “piedra angular” por su resurrección. Aplicada después a los cristianos –“también vosotros, como *pedras vivas...*”–, sirve para subrayar que su elección les exige identificarse con ese misterio de cruz y gloria (1 Pe 2,4: “acercándoos a él”). Así, vinculados a Jesucristo por la fe, podrán ir construyendo un “templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo” donde ofrecer su vida entera como un culto existencial que agrada a Dios (1 Pe 2,4-5; Rom 12,1-2).

3. La elección de Dios es totalmente libre y gratuita, motivada por puro amor y no forzada por los méritos o el estatus de los elegidos. Por eso, no puede vivirse como un privilegio exclusivo que da derecho a adoptar posturas de superioridad, dominio, imposición o rechazo. Esta idea, expresada con gran belleza en el AT (Dt 7,6-8), es también recogida en el Nuevo Testamento (1 Cor 1,26-29; Sant 2,5). Los destinatarios de la primera Carta de Pedro son pagano-cristianos de clase social humilde cuya vida se desenvuelve en el ámbito rural y que sufren a causa de la hostilidad del ambiente que los rodea hasta el punto de sentirse “extranjeros” en su tierra (1 Pe 1,1.6; 4,12). Como en otros lugares del Nuevo Testamento (Mc 13,19-20), también aquí se llama “elegidos” a los creyentes sometidos a la tribulación, con el fin de recordarles su dignidad, sostener su esperanza y consolarlos en medio de la prueba.

4. Si Dios elige a los rechazados –a los pequeños, a los pobres, a los marginados, a los que sufren– es porque desea llevar a cabo un proyecto de salvación en el que nadie sea excluido de la alianza. Lo hizo primero con Israel y ahora lo hace con los paganos que se incorporan a la comunidad cristiana. De este modo hace posible que *todos* –judíos y no judíos– alcancen misericordia y formen parte de un pueblo abierto y universal, tal y como se afirma en 1 Pe 2,10 (inspirándose en Os 2,1-3.25; también Rom 9,24-26).

5. La fe es el criterio para verificar toda elección y la única respuesta conforme con la misma. De ahí que nuestro texto ponga de relieve el profundo contraste entre los “creyentes” y los “incrédulos”. Para los primeros, Cristo ha sido esa “piedra escogida” en la que apoyarse –creer– sin quedar defraudados (1 Pe 2,6). Para los segundos –los que se niegan a acoger la palabra–, se ha convertido en “piedra de tropiezo” contra la que se han estrellado (1 Pe 2,8 citando a Is 8,14-15).

6. Finalmente, la “elección” incluye una exhortación a la responsabilidad y debe concretarse en una existencia coherente con la llamada de Dios. Por eso se aplican a una comunidad cristiana de origen pagano las mismas categorías que el AT reservaba a Israel:

“linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo adquirido en posesión” (1 Pe 2,9 inspirándose en Éx 19,5-6 e Is 43,20-21). No para que se enorgullezca, sino para que se ponga al servicio de la misión propia del “pueblo elegido”, que es la de ser testigo de la salvación que Dios ofrece a todo el género humano. O, como lo expresa la misma carta, “para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9).

PARA PROFUNDIZAR

Las imágenes bíblicas de la Iglesia

Cuando el Nuevo Testamento trata de decir lo que es la Iglesia, no lo hace a través de definiciones o de conceptos abstractos, sino mediante imágenes y figuras. Buena muestra de ello es el pasaje de la primera Carta de Pedro que hemos leído en este encuentro, donde se la designa como “templo espiritual”, “linaje escogido”, “sacerdocio regio”, “nación santa” y “pueblo adquirido en posesión”.

Las imágenes bíblicas de la Iglesia en el Vaticano II

El Concilio Vaticano II se sitúa en esta misma línea cuando en su Constitución Dogmática sobre la Iglesia, llamada *Lumen gentium*, afirma: “Del mismo modo que en el Antiguo Testamento la revelación del Reino se propone frecuentemente en figuras, así ahora la naturaleza íntima de la Iglesia se nos manifiesta también mediante diversas imágenes tomadas de la vida pastoril, de la agricultura, de la edificación, como también de la familia y de los esponsales, las cuales están ya insinuadas en los libros de los profetas” (LG 6).

Contemplaremos ahora algunas de esas imágenes bíblicas desde las que podemos acercarnos al “misterio” de la Iglesia, sabiendo que ninguna de ellas lo expresa totalmente. Distinguiremos para ello entre aquellas que están inspiradas en el Antiguo Testamento y aquellas otras que, en cambio, son más propias del Nuevo Testamento.

Imágenes de la Iglesia inspiradas en el Antiguo Testamento

Hay una serie de imágenes bíblicas que el Antiguo Testamento aplica generalmente al pueblo de Israel y que en el Nuevo Testamento aparecen referidas a la Iglesia. Entre ellas podemos señalar las siguientes:

- La *Jerusalén celestial*: La Iglesia es identificada con aquella Ciudad Santa que idealizaron los profetas, especialmente después del exilio en Babilonia (Is 60,1-9), y de la cual son ciudadanos los que creen en Cristo (Gál 4,24-29). Esta Jerusalén viene de arriba, es el signo de la presencia de Dios en medio de la humanidad y se manifestará plenamente cuando aparezcan los cielos nuevos y la tierra nueva (Ap 21). Así la “Iglesia terrena” se refleja en la “Iglesia ideal”, de modo que la realidad presente sea atraída por la salvación definitiva que se espera para el futuro.

- La *mujer*, la *novia*, la *esposa*, la *madre*: Referida a Israel en el Antiguo Testamento (Is 54,1), esta imagen es recogida en el Nuevo Testamento para representar a la Iglesia como una novia inmaculada que, desposada con Cristo en fidelidad, recibe de él amor, alimento y cuidado (Ef 5,24-32; Ap 21,2.9). O también como la “mujer” que lucha contra el dragón (Ap 12) o la madre de los creyentes (Gál 4,26), que forman de este modo la “familia de Dios” (Ef 2,19).

- El *rebaño*: Inspirándose en muchos pasajes del Antiguo Testamento en los que Yahvé aparece como pastor de Israel (Ez 34; Sal 23), la Iglesia es presentada como la grey que el Señor apacienta. Destaca aquí aquel pasaje en el que Jesús se identifica con el “Buen Pastor” que congrega a sus ovejas en un solo rebaño y es capaz de dar la vida por ellas (Jn 10). En una curiosa superposición simbólica, también se habla en este mismo capítulo de la Iglesia como “redil” cuya puerta es Cristo.

- La *viña*: Esta imagen habla del amor y la fidelidad de Dios hacia su pueblo (Is 5,1-7), y muchos pasajes del Nuevo Testamento la utilizan como figura de la Iglesia. Se puede ver, por ejemplo, en las parábolas de Jesús que figuran en los sinópticos (Mt 21,33-44), aunque de nuevo es el evangelio de Juan el que la desarrolla con más profundidad (Jn 15,1-6). En esta alegoría, es Cristo mismo quien se identifica con la “verdadera vid” a la que los discípulos han de permanecer unidos como los sarmientos, si quieren dar fruto.

Imágenes de la Iglesia propias del Nuevo Testamento

Hay algunas imágenes que el Nuevo Testamento utiliza para hablar de la Iglesia y cuya formulación presenta una mayor originalidad con respecto al Antiguo Testamento. Podemos señalar las siguientes:

- *Imágenes tomadas de la agricultura:* La Iglesia es presentada por Pablo como “el campo que Dios cultiva” (1 Cor 3,6-9). Por eso lo importante no es tanto lo que en ella hacen los apóstoles (“plantar” o “regar”), sino el “crecimiento” que le proporciona su Señor. Otro pasaje paulino presenta a las comunidades cristianas provenientes del paganismo como un “olivo silvestre” injertado en el “olivo fértil” de Israel (Rom 11,13-26). Así se recuerda a la Iglesia de dónde proviene la savia que la vivifica, para que no se enorgullezca de su elección.

- *Imágenes tomadas de la arquitectura:* En estrecha relación con lo anterior, la Iglesia es contemplada como casa edificada sobre el cimiento de Jesucristo (1 Cor 3,9-15). Él mismo es considerado como la “piedra angular” que sostiene y da solidez a la construcción, aunque para los que no creen se convierta en “piedra de tropiezo” (1 Pe 2,4-8). Por otro lado, los mismos cristianos son llamados “templos de Dios” habitados por el Espíritu (1 Cor 3,16) o son vistos como las “piedras vivas” que, asociados a Cristo, van levantado una “casa espiritual” donde los creyentes ejercen un “sacerdocio santo” ofreciendo toda su existencia como un culto agradable a Dios (1 Pe 2,4-5; Ef 2,19-22).

- Una imagen muy importante, la de la Iglesia como “cuerpo de Cristo”, será abordada ampliamente en otra sesión.

La Iglesia como pueblo de Dios

Una última imagen merece nuestra atención por haber sido sin duda la “preferida” del Concilio Vaticano II. Nos referimos a aquella en la que la Iglesia es llamada el nuevo “pueblo de Dios”, tal y como aparece en el pasaje que hemos leído en la reunión de hoy (1 Pe 2,10).

Este título sitúa a la Iglesia en el conjunto de la historia de la salvación, en la que, como dice el mismo Concilio, Dios quiso “santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente” (LG 9). Para llevar a cabo ese proyecto eligió a Israel, a quien se reveló gradualmente, le hizo objeto de sus promesas y estableció con él una alianza centrada en el cumplimiento de la ley. Así preparaba ya la nueva y definitiva alianza, sellada con la sangre de su Hijo, mediante la que se congregó un nuevo pueblo universal en el que judíos y no judíos, unidos por la fe en Cristo y por un mismo Espíritu, fueran testigos de la salvación que Dios Padre ofrece a todos.

Dicho de otro modo, la Iglesia, que desarrolla su misión en medio de la historia, no ha nacido de un proceso constitutivo como el de cualquier otra nación o grupo humano. Tampoco su estructura es el simple resultado de una suma de factores políticos, sociales, raciales, económicos o geográficos. No es un *pueblo* más. Es el pueblo *de Dios*. Es comunidad llamada a vivir la comunión trinitaria, porque ha sido convocada “en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4). Por eso su “misterio” no se desvela con el simple análisis de sus características externas o visibles.

Por otro lado, la consideración de la Iglesia como “pueblo” subraya la radical igualdad de sus miembros. Gracias al bautismo, e independientemente de su estado de vida, su ministerio o su posición jerárquica, cada cristiano y cada cristiana forman parte de ese pueblo sacerdotal, profético y real cuya identidad “es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios... tiene por ley el nuevo mandato de amar como Cristo nos amó a nosotros... y, como fin, el dilatar más y más el Reino de Dios” (LG 9).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar la próxima reunión, nos fijaremos en algunos textos del Nuevo Testamento en los que se usa la expresión “nueva alianza”. Son los siguientes: 1 Cor 11,23-25; 2 Cor 3,6-14; Heb 8,6-13; 9,15; 12,24. Leeremos cada uno de ellos con atención y trataremos de responder a estas preguntas:

¿Qué características tiene la “nueva alianza” de la que se habla en estos pasajes? ¿Qué papel cumple Cristo en ella?